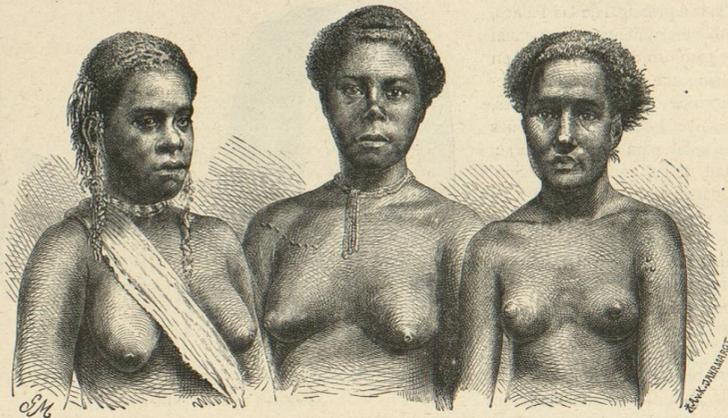


se ponían rápidamente de pie con el *mere* en la diestra levantada y sosteniéndose sobre una sola pierna que iban alternando y saltando de un lado á otro: después blandían el arma y saltaban levantando los dos pies al aire y murmurando canciones extravagantes y de lento ritmo, que precisamente por esto les entusiasaban. Delante de la primera fila bailaban las viejas pintadas con almagre. Cuando, gracias á estos medios, el ardor bélico llegaba á su colmo, los guerreros más famosos se adelantaban á los demás y apostrofaban al enemigo con palabras insultantes, en vista de lo cual los demás prorrumpían en cantos apropiados á las circunstancias. Pritchard oyó en Samoa los siguientes apóstrofes: «¡Vosotros, comedores de plátanos de Manuno, ojalá que Moso os tuerza el pescuezo!» «¡Vosotros, comedores de cocos de Aana, ojalá que vuestras

lenguas os sean arrancadas y quemadas!» «Aquí está mi maza para matar á los cerdos de Savaii; ¿en dónde está el cerdo de Savaii que busca una muerte segura?» «¡Tostad á este rey Atúa que ha de morir por mi espada!» «¡Hé aquí el fusil que se come á los hombres!» «¿En dónde está aquel asqueroso rebaño de animales que quieren ser hombres?» Después de esto las dos partes contendientes se atacaron con rabia entablándose una porción de combates parciales en los que había de decidirse el éxito de la batalla, pues la derrota ó victoria de un gran guerrero indicaba que se había de avanzar ó de huir, avanzando unos y huyendo otros con igual vehemencia. Raras veces pueden los fugitivos volverse á juntar, pues una vez vuelta la espalda, cada cual corre cuanto puede para librarse de los canibales, porque sabe que éstos no se contentarían con



Mujeres de las islas Fidschi (de una fotografía del álbum de Godeffroy). Véase el capítulo VI

privarle de la libertad, sino que se comerían su carne y se beberían su sangre. Cuando los vencedores se cansaron de la persecución, regresaron al campo de batalla y con sus lanzas marcaron el sitio en que habían caído los guerreros. Los maories examinaban con especial cuidado si los muertos tenían los puños cerrados, pues en este caso era señal que habían sucumbido luchando victoriosamente. A los heridos se los llevaban y luego separaban á uno de los enemigos muertos, destinándolo á los dioses, siendo los demás decapitados y puestas sus cabezas á los pies del caudillo. En cuanto á los heridos enemigos, colmábanlos de insultos y les daban un golpe mortal después de haberles martirizado.

Los fusiles y la pólvora han hecho variar el sistema de guerra: los polinesios se han acostumbrado rápidamente á estos productos de la civilización que en un principio hicieron más raras las guerras. Como el fusil lo mismo hace daño puesto en las manos de un niño que en las de los guerreros expertos, estos últimos pretextaron haber perdido la afición á la guerra: mas temerosos del peligro por naturaleza y sólo agresivos cuando ven una ventaja, pronto se acostumbraron á los combates á distancia, es decir á estar días enteros disparando desde las emboscadas. «Disparar y agacharse—dice Coulter—hé aquí la táctica de los marquesanos.» El arte de cubrir el cuerpo está mucho más desarrollado que el de atacar. Cuando el ejército vencedor hubo pasado algunos días en el campo de batalla entregado á canibales banquetes, regresó á su residencia patria llevando cuidadosamente guardadas las cabezas de los amigos muer-

tos y clavadas en lanzas las de los enemigos que eran objeto de burla y de insultos: las mujeres recibieron á los vencedores con grandes alabanzas y caricias. Las cabezas de los caudillos fueron momificadas por la acción del humo y en medio de fiestas antropofágicas se procedió al destabamiento de los guerreros.

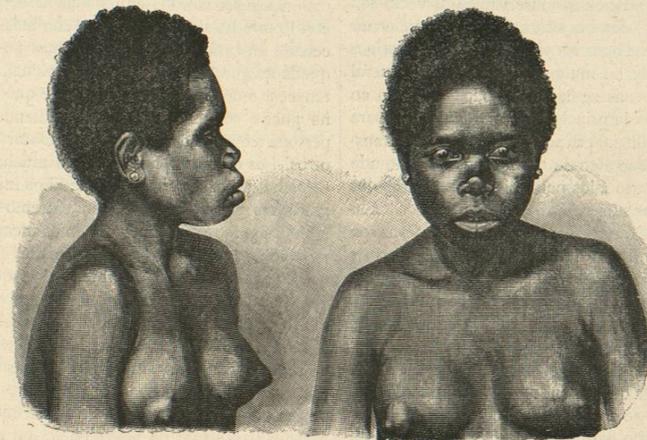
Los maories combatían también con frecuencia dentro y alrededor de sus fortalezas formadas por empalizadas de madera (*pah*) habitadas únicamente por hombres, pues antes del sitio se enviaba á las mujeres y á los niños á un lugar seguro. Los dardos y las piedras lanzadas por medio de hondas eran los proyectiles de que se valían sitiadores y sitiados: también se apelaba á las piedras candentes para pegar fuego á la empalizada, pero el sitio no se resolvía fácilmente por medio de ataques francos, sino que la traición, la astucia, el hambre y el miedo eran las principales máquinas de cerco, aunque también servían para la defensa de los sitiados.

La repulsión que sienten los polinesios por los ataques atrevidos, por todo acto de audacia, se refleja en el escaso uso que hacen de las canoas para los combates navales propiamente dichos: las tan celebradas y decantadas canoas de guerra sirven principalmente para transportar á los guerreros al campo de batalla en la lucha sobre tierra firme y únicamente cuando las embarcaciones enemigas se encuentran trábanse batallas navales, en las cuales la estratagema preferida consiste en volcar la canoa del adversario para luego matar fácilmente á los indefensos naufragos. Las canoas maories—construidas en la isla del Norte de madera

de kauri y en la isla del Sud de madera de totara y pintadas de encarnado—llevaban á cada banda 50 remeros que remaban apoyándose en los talones y en el centro 3 cantores que con sus cantos y sus danzas animaban á aquéllos: el espolón y la popa ostentaban algunas figuras esculpidas y varios adornos hechos con plumas y manojos de lino cuyo objeto era infundir terror.

Cuando ambas partes sienten extinguido el ardor bélico y al echar las cuentas del debe y del haber ven los beligerantes que las ganancias y pérdidas están mutuamente compensadas, entonces los ejércitos firman la paz. Personas neutrales llevan de uno á otro campo la noticia de la necesidad de paz y una de las dos partes envía en calidad de heraldo de paz á un anciano que, á ser posible, tenga rela-

ciones de parentesco en ambos campos y que esté dotado de elocuencia, el cual expone delante de la tribu reunida sus razones y si éstas son aceptadas el período de guerra termina con grandes banquetes. Sin embargo, la manera de firmar la paz no es á menudo más que un modo de prolongar el estado de guerra: si la sed de venganza ha sido saciada ó si el afán de lucha ha quedado satisfecho, se abandona la guerra de buena gana, pero en el fondo del corazón vive siempre oculto el deseo de continuarla en ocasión oportuna, de modo que los tratados de paz no son otra cosa que treguas: otras veces se procura debilitar y humillar al enemigo de tal manera que impulsado por la desesperación se vea obligado á empuñar de nuevo las armas. Es realmente una ironía que en Samoa se diera á la asamblea que dicta



Muchachas de Nueva Guinea (de fotografías que posee el Sr. Dr. Joest, en Godesberg). Véase el capítulo VI

la paz el nombre de *Fono Talaga*, es decir asamblea para disipar las nubes, pues allí precisamente dominaba el sistema del *Malo*, es decir de la opresión, que podía comenzar asesinando acto continuo á los vencidos que llevarán el signo de la sumisión, condenando á sufrir igual suerte á los varones compatriotas de ellos, arrebátándoles las mujeres y los hijos y devastando sus campos y sus cabañas. En los casos más favorables, la tribu vencedora exige para sí el derecho del *Malo* hasta que los oprimidos, perdiendo la paciencia, se rebelan; con lo cual estalla de nuevo el estado latente de guerra, ó hasta que aquéllos abandonan el país, como lo hizo en 1848 la población de Upolu en masa que abandonó su residencia para establecerse en la parte oriental de la isla. Cook nos cita un ejemplo de cómo se conducían antiguamente los conquistadores después de la guerra: Puni, rey de Bora-Bora, había conquistado las islas de Raiatea, Taha y Maurúa y repartió una gran parte de los territorios conquistados entre sus guerreros y otra entre sus súbditos como premio de la victoria, poniendo en Taha á un pariente suyo en calidad de gobernador. Al vencido rey de Raiatea le dejó su título y su dignidad, pero limitó su soberanía al distrito de Opoa. Muchos habitantes de estas islas huyeron á Tahití y á Huaheine, en donde vivían con la esperanza de devolver la libertad á su patria con ayuda del extranjero. De una manera análoga fueron distribuidas, administradas y sobre todo explotadas desde Tahití, como país conquistado, las islas Paumotu y las Penrhyn.

Todas las tribus polinesias tienen la costumbre de usar los colores blanco y verde como signos de paz y el rojo ó

el negro como signos de guerra. La imagen del dios de la guerra en Hawai ostentaba un penacho de plumas encarnadas, y el regalo de una estera adornada con plumas de este color era en Samoa el medio que se empleaba para sellar las alianzas de guerra. Las ramas verdes son en todas partes signo de paz, eligiéndose para ello con preferencia las del pimienta sagrado y los retoños del pisang: la significación de estas ramas es inmediatamente reconocida, así es que cuando Cook en su primera visita á Tahití hubo clavado en su embarcación la rama de pisang que le ofrecían los indígenas, éstos acudieron en masa al buque plenamente confiados en la alianza de esta suerte concertada. Otro modo de significar la paz consiste en levantar muy por encima de la cabeza las manos abiertas. También se usan para el mismo objeto las banderolas blancas, que se levantan por ejemplo durante una tregua, pero éstas podrían quizás tener su origen en excitaciones extranjeras. Cook encontró entre los neo-zelandeses como signos de paz las plumas blancas de pájaros movidas de un lado á otro y gracias á esto pudo desembarcar en las costas más desconocidas llevando simplemente en la mano una hoja de papel. Pero de todos los saludos de paz el más eficaz es el que consiste en frotarse las narices.

A pesar del frecuente trato en que se vive por lo menos con las islas vecinas, trato que excede del que suele encontrarse en otros pueblos naturales, el extranjero es tratado con gran suspicacia, contribuyendo algunas veces á ello motivos de superstición. Cuando Wilkes quiso desembarcar en Minerva Island, los paumotus le apostrofaron diciéndole:

«Vete á tu tierra, esta es nuestra y no queremos nada contigo.» Los hombres de Mangaia, en el centro de la tierra y con su montaña central Rangimotia, dejándose llevar de una arrogancia cosmogónica, consideran á los habitantes de las demás islas como tuarangis ó malos demonios. El mal recibimiento que se hace á los extranjeros que desembarcan y las tentativas para alejarlos primero por medios persuasivos y luego apelando á la astucia, demuestran cuán importunos llegan éstos á aparecer á los ojos de aquellas gentes. Las murallas que, como hemos visto, se levantan alrededor de las aldeas y en Samoa hasta alrededor de los bosques, indican escasa inclinación á un trato libre y franco.

Las leyes que las tradiciones conservan raras veces son quebrantadas: Kubary, durante su larga permanencia en las Palaos, sólo en dos ocasiones las vió violadas. Los castigos consisten generalmente en multas y la aplicación general que de esta clase de penas se hace se explica teniendo en cuenta que constituyen la principal fuente de ingresos para el rey y para los caudillos. Pero además de esto, toda transgresión de las leyes tiene algo de deshonroso que infunde un respeto extraordinario á los polinesios. Los niños y los hombres muy ancianos son, como «personas tontas», á lo sumo reprendidos pero no castigados. Las leyes nuevas son anunciadas al pueblo al son de las trompetas de guerra y las prohibiciones de poca importancia como la de pisar una propiedad inmueble y la de arrancar fruta se manifiestan por medio de lanzas clavadas en la tierra ó de manojos de hojas puestas en las ramas.

Las leyes del tabú se desenvuelven en Polinesia de una manera tan exclusivista que saliéndose de los límites de una interdicción religiosa, se convierten en una serie de limitaciones del libre albedrío en todas las esferas de la vida, limitaciones que sólo pueden compararse con las que nacen del sistema de castas en la India, con la diferencia de que en vez de dividir la humanidad, por medio de infranqueables simas, en las secciones que constituyen las castas, dividió al mundo entero en dos partes de un modo tan pronunciado que toda esa fracción de la humanidad estuvo constantemente en peligro de equivocar las fronteras divinas. Todo lo de la tierra, excepción hecha de los hombres, se divide en dos clases, *moa* (sagrada) y *noa* (vulgar): pertenece á la primera todo aquello que se considera lleva en sí mismo la fuerza del tabú por ser propiedad de los dioses y de los hombres privilegiados ó por estar á lo menos á éstos reservado; constituye la segunda lo que estando libre del tabú puede ser por todos los hombres utilizado. Pero también á estas cosas puede extenderse el tabú por simple contacto exterior. Los objetos y los hombres tabuados pueden verse libres del tabú por medio de ciertas ceremonias. Aun cuando esta ampliación de la idea del tabú dió al mismo una mayor importancia política y social que á menudo encubre el germen religioso, no por eso deja éste de estar siempre presente. Es indudable que á nuestra consideración se ofrece con esto una noción salida de la esfera religiosa, cuyas utilidades para el arte de gobernar le aseguraron muy pronto una extensión en el terreno político. La fuerza del tabú corresponde, además de los dioses y aunque en menor grado que á éstos, á aquellos hombres que son espíritus divinos: todos los demás—y en las islas de Hervey, de la Sociedad, las Marquesas y Hawai casi todas las mujeres, lo cual es digno de notarse—quedaban excluidos de esta gracia: en Tonga y en Nueva Zelandia, las mujeres de los hombres ilustres participaban, por lo menos en muchos casos, del derecho del tabú de sus maridos. Es probable que el

tabú fuera en su origen más limitado de lo que fué después.

Fácilmente se comprenderá que desde el momento en que estos pueblos establecen una estrecha relación entre lo divino y lo humano, los efectos de la fuerza del tabú que en su origen era divina, hubieron de dejarse sentir íntimamente en todos los asuntos terrenales, tanto que algunos autores no historiografos pudieron creer firmemente que el tabú había sido inventado únicamente para fines políticos y sociales. Realmente se aplica á menudo á tales fines, pues la tentación es demasiado fuerte y á la verdad constituye el tabú el mejor instrumento que pueden emplear los gobernantes para esta clase de fines, así los buenos como los malos, y no es menos cierto también que gracias á las sólidas cadenas que forja, ejerce sana influencia en aquella vida desenfrenada. La confusión de lo tuyo con lo mío ha sido la falta que con más frecuencia se ha echado en cara á los polinesios, mas por efecto del tabú queda asegurada la propiedad personal, pues lo que pertenece á una persona tabuada desde que nace como noble no puede ser usado por otra, pudiendo, además, dicha persona consagrada por el tabú tabuir la propiedad de otros. Los europeos han utilizado muchas veces la fuerza del tabú de los sacerdotes ó caudillos indígenas para asegurar sus propiedades. Es en extremo beneficioso para aquellas gentes cuya imprevisión es inconcebible el hecho de que ante el temor de que se eche á perder se tabúe la cosecha para evitar el hambre, hasta que el caudillo levanta el tabú en que están puestos los campos. Esta previsión va todavía más allá: en Nueva Zelandia se imponía el tabú no sólo á los campos hasta que llegaba la época de recoger los frutos, sino también á las casas que servían para guardar las cosechas, el lino, etc., y algunas clases de pescados que, cogidos en grandes cantidades, eran preparados para servir de provisiones para el invierno; en las islas de la Sociedad, se imponía de igual manera el tabú á todas las plantaciones de *ava* (*Piper Methysticum*), pues el uso de esta planta estaba reservado á las personas ilustres. En Tonga, Tahití y Hawai era costumbre, después de los grandes festejos y cuando las prodigalidades desmedidas traían consigo la carestía, imponer el tabú á determinados productos, prohibiendo de esta suerte durante una temporada el consumo de los mismos. Cada propietario puede tabuir sus tierras y aun los sitios de pesca que se consideran como propiedad privada, poniéndolos de este modo á cubierto de los ataques de los demás, especialmente de las personas de condición más baja. La circunstancia de que el tabú se impusiera con tanta frecuencia y con tanto rigor á los comestibles obedece, además, á otra causa cual es que todo aquello que tiene relación con el dios tutelar (*Atúa*) de una tribu, concebido en forma de un animal, no puede ser tocado por los individuos que á esta tribu pertenecen. El «comer almas» de los dioses, ó sea cierta admiración sagrada hacia el fenómeno misterioso de la digestión, influye también en ello, pudiendo finalmente decirse lo propio del egoísmo. Establecióse después un manjar tabú que en Nueva Zelandia especialmente ha alcanzado un grado extraordinario de refinamiento: en esa isla nadie podía comer en una casa ni caminar debajo de algo que pudiera comerse, y se evitaba con el mayor cuidado apoderarse de manjares tabuados, pues el que comía de ellos se veía atacado de muerte repentina. En los banquetes había ciertos manjares reservados á las personas ilustres ó á las víctimas y según parece antes de que esas gentes principales comieran los platos á ellas exclusivamente destinados, eran éstos consagrados por medio de una ceremonia religiosa.

Es indudable que á menudo, especialmente en los posteriores tiempos de perturbación religiosa, se abusó del tabú para los fines egoístas de los sacerdotes y de los caudillos: así, por ejemplo, el rey Kamehameha I, que de todos los príncipes de las islas del Pacífico fué el que más supo utilizar este poder en él innato para sus fines políticos, impuso el tabú á una montaña que se alzaba cerca de la ciudad de Honolulu, en Oahu, porque creyó que eran diamantes los cristales de cuarzo que en ella se encontraron. En los modernos tiempos hubo también una ocasión en que se empleó el tabú como medida de gobierno: en efecto, en 1840 fueron tabuados por el gobierno hawayo todos los rebaños de reses vacunas que habían sido despiadadamente diezmados. De suerte que, andando los tiempos, el antiguo tabú sagrado vino á convertirse en regla de policía. Esto no obstante, no puede caber duda alguna de que el tabú es una institución que se remonta á las primeras edades de estos pueblos, pues de lo contrario no estaría tan generalmente extendido, pero la influencia del mismo pudo ser antiguamente más reducida si es cierta la hipótesis de que entonces la naturaleza divina estaba exclusivamente limitada á los reyes. Cuando esta naturaleza fué también patrimonio de otras clases de personajes ilustres, los efectos de la misma pudieron extenderse á todos los negocios de la vida, de suerte que puede disculparse la afirmación que hacen algunos testigos presenciales diciendo que esta institución era el alma de la religión antigua, y aun considerarse bastante exacta tales como se hallaban las cosas en Nueva Zelandia. Los castigos que se aplican á los que violan el tabú conservan un carácter religioso aun en aquellos puntos en que esta costumbre se ha apartado más de su primitivo origen sagrado. El castigo terrenal puede consistir en la muerte ó en una multa, pero el mundo espiritual no por esto se venga menos á su manera. Los *atús* de los antepasados castigan todo quebrantamiento del tabú introduciendo en el cuerpo del delincuente, para causarle una enfermedad, *kahukahus* ó almas de niños que habiendo muerto tempranamente no estaban todavía ligados á su familia. Apenas hay enfermedad que no se atribuya á una violación del tabú. En Tonga, á los cadáveres de los que sucumben en la lucha se les abre el vientre para ver si habían cometido este delito, lo cual se conoce por el estado de los intestinos.

Los delitos más graves contra el tabú son naturalmente los que afectan al lado religioso y por esto se les castiga con las penas más severas. Los mayores pecados eran las profanaciones de los templos. Aun cuando entre los maoríes vemos que el quebrantamiento del tabú se expiaba pagando un *utu* ó multa, existen sin embargo ejemplos de esposos y de padres que dan muerte á sus mujeres y á sus hijas por haber penetrado en sus templos, con la particularidad de que lo mismo da que hayan obrado sin intención que con ella. Las pérdidas sorpresas de buques europeos, de que está llena la historia de los viajes del Pacífico y que tanto contrastan con la confianza y la amistad que muy á menudo dispensan esos insulares á los viajeros, han tenido en su mayor parte por fundamento las violaciones del tabú en que tan fácilmente incurren los que no están prevenidos. La terrible matanza que exterminó en 1809 á la tripulación del buque Boyd en Nueva Zelandia fué hija no sólo de los malos tratos que el capitán infirió á un neo-zelandés, sino también de la circunstancia de ser éste hijo de un caudillo de Wangaroa; y el ataque de que fueron víctimas en 1772 en la bahía de la isla, Marión y muchos de los suyos, fué, según más tarde se supo, consecuencia de una tentativa que estos infelices hi-

cieron para pescar en un sitio tabuído. Los mismos animales son castigados cuando quebrantan el tabú; en cambio los que están tabuados, como sucede con los que han de servir para los sacrificios, disfrutan de libertad completa. Los castigos por violación del tabú sólo recaen en los hombres de baja condición y en las mujeres, pues los personajes ilustres tienen medios de evitar las funestas consecuencias de tales delitos. Pero estos medios, lo propio que las citadas multas, coinciden con la decadencia de las antiguas creencias. Antes de ésta, la religión polinesia exigía en forma de tabú cosas á menudo punto menos que imposibles; así por ejemplo, antiguamente en Nueva Zelandia no se podía comer cerca del templo y en Tahití estaba prohibido dormir con los pies mirando al Marai. En Nueva Zelandia bastaba contemplar un cadáver para quedar tabuído: los enfermos eran tabú porque un *atúa* había producido la enfermedad, los recién nacidos porque pertenecían á los dioses, las paridas por razón de los recién nacidos y los cadáveres porque las almas vagaban alrededor de ellos. Los que habían tocado un muerto no podían comer sin ser antes purificados por la recitación del canto de la creación hecha por un sacerdote. Entre los maoríes es preciso purificar los manjares antes de comerlos, desde que la mujer de Whaitiri, encolerizada contra su perezoso esposo, los maldijo. Desde los templos extiéndese el tabú sobre los sacerdotes y sobre sus viviendas y también sobre los caudillos, pues sabido es que las funciones de éstos están íntimamente relacionadas ó son muy afines de las sacerdotales. Transmítense el tabú con el aliento del sacerdote, y el fuego encendido por el soplo del *ariki* no puede ser utilizado para guisar. La parte más preciosa de todo un pueblo polinesio es quizás la cabeza de su sacerdote, cuyos cabellos se cortan con un trozo de obsidiana, apoyándolos en un pilón de piedra porque está prohibido el tocarlos.

Ya se comprenderá cómo el tabú se extiende desde los centros religioso y mundano de estos pueblos: epidémico en alto grado, propágase por el simple contacto de cualquier hombre ú objeto tabuído y aun se transfiere á todo aquello que está por encima de la cabeza de un hombre. Cuando el gobierno inglés prometió á Kamehameha que le construiría un barco, suplicó que lo construyeran de tal manera que nadie pudiera pasearse sobre la cámara. Cuando por un motivo cualquiera hay que tabuir algún objeto, practícanse ciertas ceremonias que no son las mismas en todas partes: en Nueva Zelandia hacíase esto por medio de oraciones ó bien colgando el ilustre de la cosa que se quería tabuir un trozo de su vestido, pero bastaba también calificar dicho objeto de propiedad de un ilustre. Si en alguna aldea reinaba un tabú poderoso, como por ejemplo el que se conseguía con el tatuaje de algunos jóvenes que en ella vivieran, extendíase aquél á toda la población que de esta manera se hacía tabú. En Tahití, cuando enfermaba un personaje ilustre, los sacerdotes declaraban tabú á todo el distrito por él gobernado, y entonces debía reinar en él un silencio absoluto, ninguna embarcación podía hacerse á la mar y quedaba prohibido guisar toda clase de manjares y encender fuego, durante este estado de cosas hasta tanto que se hacían en el templo ciertas oraciones y sacrificios. Aun en los casos más propicios, el tabú influye en la vida de las clases bajas del pueblo de tantas y tan pesadas maneras que es preciso admirar la veneración que estos hombres profesan á lo divino y que en medio de tantas cadenas les conmueve sin embargo con tanta facilidad. Esto explica probablemente también las discrepancias que se observan en las cuestiones de detalle: aquí y allí procu-